EJE 3

CAPÍTULO

03

# Cuando la democracia ya no alcanza. Acción ciudadana, frustración política y mutaciones del poder en el siglo XXI[1]

## When Democracy Is No Longer Enough. Citizen Action, Political Frustration, and Mutations of Power in the Twenty-First Century


Fabian F. Villota Galeano

Universidad Católica de Pereira
fabian.villota@ucp.edu.co
ORCID: https://orcid.org/0000-0002-1734-4964

Heiller Abadía Sánchez

Universidad Católica de Pereira
heiller.abadia@ucp.edu.co
ORCID: https://orcid.org/0000-0001-8130-4855

Carlos M. Betancurth Becerra

Universidad Tecnológica de Pereira
cmbetancurth@utp.edu.co
ORCID: https://orcid.org/0000-0001-8920-5018



[1] El presente capítulo es producto del proyecto "Cultura política y democracia digital", avalado por la Dirección de Investigaciones e Innnovacion DII de la Universidad Católica de Pereira.

## Resumen

Este capítulo analiza la transformación de la acción ciudadana en el siglo XXI, y muestra cómo el descontento pasó de cuestionar el modelo económico neoliberal a erosionar los fundamentos de la democracia liberal desde su interior. A través de una indagación histórica y comparativa que contrasta hitos como la "Batalla de Seattle" y el levantamiento zapatista con el ascenso de la derecha radical en Europa y el fenómeno de Donald Trump, se identifica una paradoja estructural: la ciudadanía no abandona la democracia, por el contrario, utiliza intensivamente sus mecanismos —como el voto y el referéndum— para expresar una frustración que contribuye a debilitar el pluralismo y los contrapesos institucionales. El texto revela que América Latina funcionó como un laboratorio anticipado de este desgaste, donde la brecha entre las promesas de bienestar y la desigualdad material generó sistemas más plebiscitarios y polarizados. Se concluye que la democracia no enfrenta un colapso repentino, sino un proceso de vaciamiento hasta volverse políticamente irrelevante frente al surgimiento del "tecno-feudalismo", donde las instituciones mantienen su forma, pero pierden su capacidad real de decisión y transformación social.

***Palabras clave:*** Democracia, Liberalismo, Participación ciudadana, Cambio político, Globalización

## Abstract

This chapter examines the transformation of citizen action in the twenty-first century, showing how discontent shifted from questioning the neoliberal economic model to eroding the foundations of liberal democracy from within. Through a historical and comparative inquiry that contrasts landmark events such as the "Battle of Seattle" and the Zapatista uprising with the rise of the radical right in Europe and the phenomenon of Donald Trump, the chapter identifies a structural paradox: citizens do not abandon democracy; rather, they make intensive use of its mechanisms—such as voting and referendums—to express a frustration that ends up weakening pluralism and institutional checks and balances. The text reveals that Latin America functioned as an early laboratory for this wearing-down process, where the gap between promises of well-being and material inequality gave rise to more plebiscitary and polarized systems. It concludes that democracy is not facing a sudden collapse, but rather a gradual hollowing-out process that renders it politically irrelevant in the face of the emergence of "techno-feudalism," in which institutions retain their form but lose their real capacity for decision-making and social transformation.

***Keywords:*** Democracy, Liberalism, Citizen participation, Political change, Globalization

## La democracia como promesa y como vía de corrección
## Protesta social y crítica al neoliberalismo al final del siglo XX

Al revisar retrospectivamente las disputas ciudadanas que cerraron el siglo XX y se extendieron durante la primera década del XXI, es posible identificar un rasgo común y, al mismo tiempo, una diferencia fundamental respecto de la crisis democrática actual. En aquel momento, la crítica se dirigía al modelo económico, a sus consecuencias sociales y al incumplimiento de las promesas de bienestar que le acompañaban; sin embargo, esas disputas no cuestionaban el régimen democrático. Antes bien, contribuían a reforzarlo. La paradoja actual consiste en que formas similares de acción ciudadana, desplegadas a través de los propios mecanismos democráticos, han comenzado a erosionar la democracia liberal desde su interior. Esta afirmación, sin embargo, exige ser situada histórica y políticamente.

A finales del siglo XX, las movilizaciones y protestas ciudadanas se dirigieron contra la expansión radical del libre comercio, entendido como la expresión de un proyecto de reorganización económica mundial que, en adelante, sería identificado con la globalización. Uno de los hitos más importantes en esta época fue la denominada "Batalla de Seattle" que, en noviembre de 1999, reunió a miles de manifestantes —activistas, sindicatos, organizaciones ambientalistas, defensores de derechos humanos y distintos movimientos sociales— para protestar contra la cumbre ministerial de la Organización Mundial del Comercio (OMC).

La cumbre era la reunión del órgano decisorio de más alto nivel de la OMC y tenía como propósito, en general, iniciar las negociaciones para ampliar la liberalización del comercio mundial; un asunto cuyos preparativos habían empezado, en 1996, en el encuentro celebrado en Montevideo, Uruguay.

Las protestas en Seattle cuestionaban el modelo neoliberal y el papel de las corporaciones en la configuración del orden económico global. Denunciaban las consecuencias de la liberalización comercial para el empleo, la precarización laboral y la laxitud en la protección del medio ambiente; así como las profundas diferencias entre las economías centrales y periféricas. Al mismo tiempo, se reclamaban límites al libre mercado, la reivindicación del comercio justo como alternativa y la consideración del problema de la deuda de los países emergentes; por otro lado, se estimaba que la acción de la OMC era nociva porque atentaría contra la soberanía de los estados nación.

La crítica ciudadana no estaba dirigida hacia la democracia liberal, sino hacia el modelo económico que se había permitido consolidar. Por eso la Batalla de Seattle se convirtió

en uno de los eventos de mayor visibilidad internacional del movimiento antiglobalización; en otros términos, se trataba del movimiento contra el neoliberalismo.

Este ciclo de protestas no fue un fenómeno aislado. La aparición del Ejército Zapatista de Liberación Nacional EZLN, en Chiapas, México, en 1994, constituyó otro antecedente importante. El levantamiento zapatista irrumpió calculadamente en la escena política, el día en que entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte TLCAN (entre Canadá, México y Estados Unidos), y se presentó como gesto de impugnación al modelo neoliberal y sus efectos sobre los pueblos históricamente diferenciados, especialmente campesinos e indígenas. Aunque el EZLN articuló una crítica profunda al Estado mexicano y a las formas de representación política, su discurso nunca se orientó a negar la democracia como horizonte normativo, enfatizando en denunciar su vaciamiento social y su subordinación a un proyecto económico excluyente.

Subrayamos que las disputas ciudadanas de finales del siglo XX y comienzos del XXI cuestionaban directamente el modelo económico dominante, pero no constituían un rechazo sistemático al modelo democrático. De hecho, en algunos casos, se exigía la ampliación de la democracia o su aplicación precisa y su radicalización, aun así, nunca su fin, que sí se demandaba para el modelo económico.

Las protestas y la ciudadanía que las protagonizaban no solo cuestionaban el neoliberalismo; al mismo tiempo, reafirmaban la legitimidad de la democracia como el mecanismo desde el cual era posible corregir sus excesos. La crítica al modelo económico se formulaba desde una confianza todavía vigente en la democracia representativa, entendida como el espacio legítimo para elegir gobernantes, deliberar públicamente y ampliar derechos. En esa medida, el problema no era la democracia en sí misma, sino la forma como el neoliberalismo había limitado su capacidad para cumplir las promesas de bienestar e inclusión que la legitimaban.

Los acontecimientos ocurridos en América Latina en los primeros años del siglo XXI refuerzan esta idea. Las protestas y movilizaciones en contra del proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), tenían como propósito oponerse a la expansión del libre comercio en el continente. El ALCA fue una iniciativa lanzada durante la cumbre de las Américas celebrada en Miami, en 1994, que entró de lleno en la agenda política regional en la cumbre de las Américas de 2001, celebrada en Quebec; con el objetivo de crear un espacio continental de libre comercio antes de 2005 (CEPAL, 1999).

A diferencia de lo ocurrido en Seattle, en las protestas contra el ALCA no solo participaron movimientos sociales, sindicatos, organizaciones campesinas e indígenas, también contaron con el respaldo de jefes de Estado, de gobiernos elegidos democráticamente. Presidentes de la época como Hugo Chávez de Venezuela, Luiz Inácio Lula da Silva de Brasil, Néstor Kirchner de Argentina y Tabaré Vázquez de Uruguay, asumieron posiciones críticas frente a la iniciativa, cuestionando sus implicaciones económicas y sociales. En este caso, la democracia liberal, además de funcionar como el marco en el que fue posible la protesta, se incluyó como el mecanismo institucional que posibilitó el rechazo al proyecto.

Finalmente, en 2005, en Mar del Plata, Argentina, en la denominada contra-cumbre, y con la presencia de algunos mandatarios como el de Venezuela y Argentina; junto a miles de ciudadanos, agrupados en movimientos sociales, sindicatos, etc., El ALCA fue rechazado definitivamente, tanto por la movilización ciudadana como por la decisión política de varios gobiernos latinoamericanos.

Más allá de evaluar las razones y eficacia de las movilizaciones ciudadanas a finales del siglo XX y principios del XXI, lo relevante para nuestro argumento es que la impugnación del neoliberalismo se produjo por vías democráticas, sin poner en entredicho el régimen político como tal. De nuevo las protestas ciudadanas no estaban dirigidas, por decirlo de alguna manera, contra el sistema político: la democracia; en cambio, sí en oposición a su brazo económico: el libre mercado o neoliberalismo.

Visto en perspectiva, la agenda política de inicios del siglo XXI parecía relativamente clara: expandir y afianzar la democracia y corregir los excesos del libre mercado. No se trataba del fin de la historia, pero sí de un horizonte que hacía posibles procedimientos y límites tanto claros como deseables. Parecía haber un relativo consenso, en el cual se asumía que la democracia, con sus variaciones y limitaciones, seguía siendo el sistema menos contraproducente y el más adecuado para tramitar el conflicto social y promover el bienestar colectivo.

La crisis financiera de 2008 reforzó esta percepción: originada en Estados Unidos y rápidamente propagada al resto del mundo, causando el colapso sistémico del sistema financiero internacional como consecuencia de la desregulación financiera, la creación de productos financieros dudosos, la especulación y el endeudamiento excesivo; esta, evidenció las fallas estructurales del neoliberalismo y dejó una lección clara: los mercados, especialmente los financieros, necesitan regulación. En adelante, la respuesta ciudadana fue demandar mayores regulaciones, vigilancia y correcciones. En Estados Unidos, por ejemplo, Barack Obama lo hizo

a través de la ley Dodd-Frank, que implementaba regulaciones más estrictas sobre bancos y servicios financieros. La democracia liberal parecía, una vez más, el instrumento legitimo para encauzar estas demandas y reformar el modelo económico.

Pero como la historia difícilmente puede ser lineal, fue justo en esta época cuando aparecieron los síntomas de lo que varios años después se consideraría, esta vez sí, una crisis directa y concreta de la democracia. El desplazamiento fue decisivo: de la crítica al modelo económico a la sospecha acerca de cómo la propia estructura democrática había dejado de ser un dispositivo eficaz de inclusión, representación y justicia.

Los disturbios en Francia, en 2005, iniciados en Clichy-sous-Bois, a las afueras de París, tras la muerte de dos jóvenes que huían de la policía, revelaron con crudeza el inicio de ese desplazamiento. Durante varias semanas, en distintos barrios de la periferia, se presentaron incendios y bloqueos, mientras miles de jóvenes protestaban contra la precariedad, el desempleo, la discriminación y la desigualdad. Las protestas encontraron tal eco que pronto se expandieron a otros países, como Bélgica y Alemania. No se trataba solo de una crítica al neoliberalismo; consistía, a su vez, en una demanda al sistema político y social, percibido como excluyente por quienes eran migrantes, pobres o étnicamente diferenciados. El problema no era únicamente el libre mercado, sino la distancia entre lo que prometía la democracia y la realidad material de sus periferias.

El malestar ciudadano con el orden político y social también fue síntoma en el rechazo a la constitución europea, en 2005, inicialmente en Francia y Países bajos, para luego ni siquiera ser sometida a voto ciudadano en los demás países que pretendían validarla. En España, en 2011, esa sensación se traduciría en una expresión concreta: “no nos representan”, en clara alusión a las élites gobernantes. Así surgió el 15M o movimiento de los indignados, como consecuencia de la crisis financiera de 2008; este rechazaba, una vez más, el modelo económico debido, entre otras razones, a los recortes en los programas sociales y a los excesivos beneficios otorgados a los bancos. También protestaba contra la corrupción y exigía una democracia más participativa. No por nada, una de sus consignas más representativas fue: “¡Democracia real ya!”.

Con todo, la democracia seguía siendo deseable, como lo evidenció la llamada Primavera Árabe entre 2010 y 2011, nombre con el que se conoció la sucesión de protestas ciudadanas en el norte de África y Medio Oriente, iniciadas en Túnez y extendidas a Egipto, Yemen y otros países, donde se exigían mayores libertades y más democracia. Algo similar ocurrió en Grecia cuando, en 2015, los ciudadanos eligieron a Alexis Tsipras, líder de una

coalición de izquierda, con el propósito fundamental de oponerse a los planes de ajuste promovidos por las instituciones financieras y económicas europeas. Una vez más, a través de la democracia, la ciudadanía buscaba impugnar el modelo económico y sus consecuencias. Si hubiera que sintetizar los principales reclamos ciudadanos de la primera década del siglo XXI en una sola idea, sería esta: el rechazo al sistema de libre mercado y, sobre todo, a su versión más acabada, el neoliberalismo. La creciente percepción de una crisis de la democracia no provenía únicamente de sus instituciones, sino de la incapacidad del modelo económico para cumplir la promesa de bienestar que legitimaba ese orden político. Cuando la economía deja de ofrecer oportunidades y profundiza la desigualdad, también comienza a resquebrajarse la confianza en la democracia.

## El Giro "inesperado". Cuando la democracia empieza a ser usada contra sí misma

Fue entonces, a partir de la segunda década del siglo XXI, cuando el malestar ciudadano comenzó a desplazarse de manera significativa. Si durante los años anteriores la crítica se había dirigido principalmente contra el modelo económico y sus efectos sociales, progresivamente ese descontento empezó a expresarse como una impugnación más amplia del funcionamiento de la democracia liberal. Lo que estaba en juego ya no era únicamente la corrección de los desmanes del mercado, había escalado a la percepción de que las instituciones democráticas dejaron de ser capaces de representar, proteger y decidir en nombre de la ciudadanía.

Es aquí donde emerge la paradoja que atraviesa este texto: la ciudadanía no se retira de la democracia; por el contrario, hace uso intensivo de sus mecanismos y discursos: elecciones, referendos, consultas populares, la apelación a principios como la libertad, se convierten en los principales vehículos de expresión de su malestar. Sin embargo, esa misma intensificación de la acción ciudadana, lejos de fortalecer el orden democrático, comienza a revelar —y en ciertos casos a profundizar— sus limitaciones estructurales. La democracia liberal deviene así, en el escenario desde el cual se expresa su propio cuestionamiento.

Como diría la BBC, en 2016, en varios países de occidente, votantes descontentos u olvidados por el establishment le dieron un contundente puntapié al tablero político; azuzado por el miedo, la rabia, el sentimiento antiinmigrante, la frustración con la globalización, entre otros factores. Esta vez, la acción ciudadana ya no estaba dirigida exclusivamente a exigir reformas económicas, requerían, a su vez, manifestar un rechazo más amplio sobre cómo la democracia liberal había sido capturada por elites políticas y económicas crecientemente desconectadas de la experiencia cotidiana de la gente.

Ese desplazamiento del malestar se expresó claramente en dos acontecimientos que marcaron un punto de inflexión en el debate democrático: por un lado, en junio de 2016, el referéndum para la salida del Reino Unido de la Unión Europea y, por otro, la elección de Donald Trump como presidente de Estados Unidos en noviembre del mismo año. En ambos casos, se trató de decisiones tomadas por medio de mecanismos democráticos, pero que ponían en entredicho pilares fundamentales del orden democrático, revelando una distancia amplia entre la ciudadanía y las elites políticas tradicionales.

No por nada, los electores de Donald Trump se caracterizaban mayoritariamente por ser hombres blancos, de mayor edad, sin título universitario, pertenecientes a zonas rurales y vinculados al cristianismo evangélico. Algo similar ocurrió en el Reino Unido: el apoyo al Brexit fue especialmente alto entre adultos mayores, personas sin educación universitaria, sectores conservadores y población blanca que coincidían en atribuir a la inmigración buena parte de los problemas socioeconómicos, así como las consecuencias del ajuste fiscal posterior a la crisis financiera. Asimismo, compartían la idea de que, con la salida del bloque europeo, el Reino Unido recuperaría su soberanía nacional. En este contexto, la democracia comenzó a aparecer como un dispositivo que reproducía la impotencia política y no como un espacio de poder ciudadano.

Lo inquietante de este giro no estaba en los discursos reaccionarios o excluyentes, sino en que habían logrado articularse con los mecanismos democráticos. Votar, tradicionalmente concebido como la manera en que la ciudadanía podía ampliar sus derechos y controlar el poder, devenía en un instrumento para expresar la desconfianza en la democracia. La acción ciudadana más que retirarse, paradójicamente se intensifica, pero ya no con un propósito democratizador. Ese gesto empezaba a mostrar la vulnerabilidad de la democracia hasta amenazarla.

Que la democracia es vulnerable no es una afirmación nueva. Los sucesivos golpes de Estado, después de la Segunda Guerra Mundial, son evidencia de ello: Tailandia, en 1947, en Guatemala en 1954, Pakistán en 1958, 1977 y 1999; en Turquía en 1960, Republica Dominicana en 1963, Brasil en 1964, Ghana en 1966, Nigeria en 1966, 1975 y 1985; en Grecia en 1967, Perú en 1968, el de Chile en 1973 al igual que en Uruguay, en Argentina en 1976 y el inventario podría continuar.

Por supuesto no todos los golpes de Estado fueron iguales, en algunos, de carácter clásico, los militares tomaron el poder, disolvieron el congreso y gobernaron, como en Chile en 1973 o en Turquía en 1980; otros eran producto de alianzas cívico-militares como el de

Uruguay, también en 1973; podían ser de derecha anticomunistas como, otra vez, el de Chile o el de Grecia en 1967; o revolucionarios de izquierda, como el llevado a cabo por Thomas Sankara, en Burkina Faso en 1983.

Con todo, los golpes de Estado posteriores a la Segunda Guerra Mundial, tenían algo en común: la mayoría, por no decir todos, habían ocurrido en países de América Latina, África, algunos países del sur de Europa y Asia; es decir, en lugares donde las democracias aún estaban en proceso de consolidación. De esta manera, en muchas ocasiones, los golpes eran interpretados no tanto como una amenaza o una crisis de la democracia, sino como parte del propio proceso de construcción y consolidación de los Estados democráticos. Se suponía que algo así nunca ocurriría en las afamadas democracias anglosajonas o europeas, consideradas fuertes y consolidadas.

La novedad de la alarma democrática actual no está en la posibilidad de repetir el escenario de golpes militares del pasado, cuando el consenso en torno al sistema democrático es más o menos general; está en que proviene de esos lugares donde la democracia siempre se creyó consolidada, estable y fuerte. En ese desplazamiento se incubaron los procesos con los cuales se permitiría comprender el declive de la democracia, no como un colapso repentino sino como un proceso que incluso ha tendido a normalizarse.

En 1999, en Austria el partido para la libertad logró la mejor votación para uno de este tipo desde la Segunda Guerra Mundial, para luego convertirse en la segunda fuerza política del país. Pero Austria no es toda Europa y difícilmente podía ser mostrado como ejemplo de democracia consolidada y estable, por ende, por sí solo, este evento no causaba la alarma que causarán los eventos subsiguientes.

Pocos años después, en Francia, en 2002, el representante del partido Frente Nacional logró pasar a la segunda vuelta en las elecciones presidenciales; a la postre no tenía muchas opciones de ganar, pero tal acontecimiento representó un quiebre simbólico frente al lugar que le había correspondido a la derecha radical en una de las democracias "consolidadas", una suerte de campanazo de alerta sobre cómo el país podría ser presa de las incursiones y crecimiento de la derecha radical.

En adelante, el proceso se profundizó. Después de Austria y el campanazo en Francia, fue en Hungría donde en 2010, la alianza Fidesz–KDNP, denominada la alianza de solidaridad húngara, obtendría la mayoría absoluta en las elecciones legislativas. Luego, nuevamente el Frente Nacional francés, afianzaría su crecimiento al obtener 24, 86% de la votación para el

parlamento europeo, lo que significaba pasar de 3 marginales escaños a 24, representando un ascenso importante.

No obstante, sería a partir de 2015 el momento en el cual ese discreto ascenso se aceleraría hasta que la derecha radical devino en poder concreto y mayoritario. Eventos como la crisis migratoria y los atentados terroristas en París y Bruselas azuzaron la percepción de inseguridad, así como los nacionalismos y los ímpetus soberanistas de los euroescépticos. La concreción de todo esto sería inmediata: en 2015 en Polonia, el partido Law and Justice logra un poco más del 37% de la votación y arma mayoría para gobernar; en 2016 el partido Alternativa para Alemania AFD, considerado de derecha o de extrema derecha, logra hacer parte de parlamentos regionales, y es cuando el Reino Unido decide su salida de la Unión europea.

Desde entonces, el fenómeno dejó de ser marginal para convertirse en una dinámica estructural de la política europea. En Francia, el Frente Nacional (hoy Agrupación Nacional) pasó de ser una fuerza de oposición a disputar seriamente el poder, mientras Marine Le Pen incrementó su votación en la segunda vuelta presidencial del 33,9 % en 2017 al 41,45 % en 2022. En Austria, el Partido de la Libertad se convirtió en la primera fuerza legislativa en 2024 (28,8 %), y en Países Bajos el Partido por la Libertad ganó las elecciones de 2023. En Alemania, Alternativa para Alemania consolidó su presencia parlamentaria, al tiempo que fuerzas similares alcanzaron el segundo lugar en Suecia y Finlandia. Esta tendencia también se reflejó en el Parlamento Europeo, donde las bancadas de derecha radical y conservadora aumentaron su representación de 135 de 751 escaños a 187 de 720 en las elecciones de 2024.

Las razones por las cuales se ha interpretado el ascenso de estos movimientos como una amenaza para la democracia o como un síntoma de su crisis, radican en su rechazo a los pilares de la democracia como el pluralismo, el derecho de las minorías, los contrapesos institucionales e incluso el estado de derecho; a su vez, ideológicamente comparten también algunas características: el euroescepticismo, un nacionalismo cada vez más radical y el populismo, así como el planteamiento de dicotomías como el pueblo puro contra las elites corruptas, o los nacionales contra los migrantes. Todo esto combinado con la idea de la defensa de la soberanía nacional frente a las entidades supranacionales, concretándose en una agenda que cada vez tiende a normalizarse.

El fenómeno, percibido en Europa como un asunto regional, adquirió una densidad completamente distinta cuando una dinámica similar se instaló en el centro simbólico y geopolítico de la democracia liberal. El ascenso de Donald Trump, visto como un outsider

de la política y un antisistema que cuestiona las reglas, reacio a aceptar su derrota en 2020, insinuando un fraude, hizo que Estados Unidos se asemejara más a las llamadas democracias imperfectas de otros lugares del mundo, mas no la fuerte y consolidada que creíamos. Trump ha cuestionado a las instituciones y a los jueces, se ha referido peyorativamente a la prensa opositora y ha sumado a todo ello una agenda antiinmigrante, nacionalista y soberanista, acorde con el antiglobalismo en auge y alineada con lo sucedido en Europa. Todo esto no solo confirmó que ninguna democracia estaba exenta de estos procesos, al tiempo generalizó la idea de una democracia en crisis como un asunto global.

El declive de la democracia pareciera no requerir la suspensión de las elecciones, ni la eliminación explicita de derechos políticos. Los regímenes pueden conservar las formas democráticas mientras minan progresivamente las instituciones que los contienen, así como el pluralismo y las reglas del juego. Es como si los reclamos ciudadanos de las protestas y movilizaciones mencionadas en la primera parte del texto, dirigidas al modelo económico, hubiesen alertado sobre la amenaza representada por un modelo económico en extremo desigual, donde había pocos ganadores, pero muchos perdedores. A la postre, los ciudadanos usarían las vías democráticas institucionales para canalizar ese descontento, posteriormente aprovechado por los radicales para sumar a ellos otros elementos a la ecuación: migración, integración y soberanía pasaron a ser parte de la amenaza.

## América Latina: el laboratorio anticipado. Neoliberalismo, presidencialismo y democracia en tensión

Si bien, en general las democracias latinoamericanas han sido consideradas como democracias en consolidación, es decir, vulnerables e incompletas; en nuestra óptica, América Latina anticipó buena parte de las transformaciones que después experimentarían las democracias del norte global. Las reformas neoliberales llevadas a cabo en las décadas de 1980 y 1990 se tradujeron en efectos sociales por lo menos adversos: por ejemplo, según la CEPAL (2002), después de 1998, América Latina ingresó en un quinquenio de menor crecimiento económico, mayor desempleo y pobreza en igual proporción o en aumento. Asimismo, la OIT y la OCDE han negado la precariedad como problema, ya que alrededor de la mitad del empleo siguió siendo informal, con baja protección social y baja productividad; de igual manera, el BID ya había identificado, a principios de este siglo, que el problema de la baja productividad era estructural.

América Latina parecía el laboratorio del futuro de las decisiones socioeconómicas; antes de las consecuencias nocivas del neoliberalismo experimentadas en el norte global,

América latina ya había adelantado las reformas que apuraron las mismas. Es decir, el modelo económico implementado en América Latina también adelantaría el malestar y desafección con la democracia, porque no se traducía en bienestar para sus gentes.

En un contexto en el que los ciudadanos latinoamericanos responsabilizaban a las élites políticas por las sucesivas crisis económicas, la región experimentó una profunda reconfiguración política. Desde la elección de Hugo Chávez en Venezuela (1998), pasando por la alternancia en México (2000) y el ascenso de nuevos liderazgos en Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia, Ecuador y Colombia, se reorganizaron los sistemas de partidos, se promovieron reformas constitucionales y se fortalecieron liderazgos presidenciales de distinto signo ideológico. Aunque estos procesos ampliaron la competencia política y, en varios casos, el acceso a derechos sociales, también consolidaron democracias cada vez más plebiscitarias, personalistas y polarizadas hacia mediados de la década de 2010.

La reconfiguración no fue homogénea, en muchos casos, los nuevos gobiernos lograron avances importantes en materia social, acceso a derechos y regulación de la pobreza;  pese a ello, se debilitaron los contrapesos institucionales, hubo exceso del poder presidencial, reformas constitucionales a medida y uso frecuente de plebiscitos, tensionando los controles democráticos que se estilaban y profundizando la polarización.

El resultado ha sido una democracia más inestable: competitiva en las urnas, pero frágil en representación, contrapesos y confianza ciudadana; quizás, un costo muy alto si de garantizar beneficios sociales y económicos para todos se pretendía. Por otro lado, países como Colombia y Perú consolidaron economías abiertas en las que persistían altos niveles de desigualdad y pobreza. Allí, la democracia conservaba sus procedimientos formales, aunque perdía capacidad de realización efectiva en asuntos como la distribución de la riqueza, la regulación de los mercados o la garantía de derechos; se trataba, en el fondo, de una profunda asimetría entre las formas democráticas y sus realizaciones efectivas.

Todo esto sugiere que los problemas de la democracia no se tratan de anomalías regionales ni coyunturales, se relacionan, en igual medida, con asuntos estructurales que confirman la idea de la crisis democrática o de una amenaza inminente; la gran novedad estaba en que dicha amenaza y crisis provenía de las entrañas mismas de los dispositivos democráticos establecidos, fundamentalmente: el voto ciudadano.

## El declive que no colapsa. Frustración democrática, polarización y normalización del desgaste

La preocupación por la suerte de la democracia a raíz de la elección de Donald Trump, en 2016, fue un lugar común en el ámbito académico. Su elección representó un síntoma de cómo los políticos de EE. UU. comenzaban a normalizar discursos y acciones que antes se consideraban impensables; a su vez, eran vistos como rasgos exclusivos constitutivos de las crisis democráticas en otros lugares. Al respecto Steven Levitsky y Daniel Ziblatt (2018) señalan:

> los políticos estadounidenses actuales tratan a sus adversarios como enemigos, intimidan a la prensa libre y amenazan con impugnar los resultados electorales. Intentan debilitar las defensas institucionales de la democracia, incluidos los tribunales, los servicios de inteligencia y las oficinas de ética. (p. 9)

En esa misma línea, David Runciman (2018) afirmó que la elección de Donald Trump supuso "la reductio ad absurdum de la política democrática" (p. 7), así como "síntoma de un clima político sobrecalentado que parece cada vez más inestable, desgarrado por la desconfianza y la intolerancia mutuas, alimentado por acusaciones desmedidas y por campañas de ciberacoso" (p. 7). No obstante, el autor advirtió que este fenómeno no era exclusivo de Estados Unidos, pues "en muchos lugares, no solo en Estados Unidos, la democracia comienza a dar señales de desquiciamiento" (p. 7).

Yascha Mounk (2018), otro destacado politólogo, sostiene que este fenómeno "ha sido la manifestación más llamativa de la crisis de la democracia" (p. 7), pues "por vez primera en su historia, la democracia más antigua y poderosa del mundo ha elegido a un presidente que muestra un indisimulado desdén por ciertas normas constitucionales básicas" (p. 7). Aunque para David Runciman (2018), el ascenso de Trump no implica un fin de la democracia, sí considera que es un buen momento para contemplar el significado de ello.

Por su parte, Anne Applebaum (2020), analiza esta elección como un síntoma y como acelerador de una crisis democrática que opera, en primer lugar, de manera moral y cognitiva, socavando la convicción pública sobre la importancia de una posible defensa del orden liberal democrático. Del mismo modo, la coyuntura llevó Adam Przeworski (2019) a reflexionar sobre las limitaciones de las instituciones democráticas de ser subvertidas, desde el gobierno y por vías legales; mientras que, Timothy Snyder (2018), advirtió cómo la elección de Trump ha demostrado que la democracia estadounidense, considerada consolidada y sólida, puede transitar los caminos de la vulnerabilidad, antes vistos en otros lugares.

Aun cuando el ascenso de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos ha sido contemplado como uno de los hitos más representativos de la crisis de la democracia, varios de estos autores reconocen que dicha crisis no se trata de un evento abrupto en capacidad de fragmentar por completo el orden democrático, sino de un proceso progresivo, e incluso legal, explicado por:

1. Una frustración y agotamiento con la democracia, en tanto no satisface las demandas ciudadanas, sean efectivas o simbólicas. Según Yascha Mounk (2018), cuando la gente siente que el sistema democrático no resuelve problemas concretos como la provisión de servicios, esto puede traducirse en una ruptura entre la representación política y la experiencia social, de tal modo: "cuando las personas sienten que ya no controlan su destino colectivo, se vuelven receptivas a líderes que prometen devolver el poder al pueblo, incluso si para ello erosionan las instituciones liberales" (p.18) y así la soberanía popular se impone sobre los límites constitucionales y el pluralismo. Esa insatisfacción también produce un quiebre simbólico, porque la democracia ya no implica un horizonte al que la ciudadanía desea aspirar; esto, según Snyder (2018), conlleva una crisis del régimen de verdad, porque la democracia se debilita cuando la política deja de organizarse en torno al futuro y se encierra en relatos de inevitabilidad o eternidad, donde la desinformación normalizada impide la deliberación pública.

2. Dicho agotamiento de la democracia termina reventando los diques que impiden los desbordes del poder, provocando, por ejemplo, la distorsión de una competencia legítima hasta convertir al adversario legitimo en un enemigo, quien representa todos los males (Levitsky & Ziblatt, 2018) y, por ende, debe ser extirpado, consolidándose como polarización; en ese contexto: "Perder deja de ser una parte rutinaria del proceso democrático y se convierte en una catástrofe a gran escala" (p.116). Por eso, según Przeworski (2019), ante la incapacidad de la democracia para tramitar los conflictos y disputas de manera pacífica y aceptada por todos los actores, las derrotas políticas terminan siendo inaceptables; con ello, además, se termina cuestionando la legitimidad de los resultados, al hacerlo, declina la legitimidad institucional y la confianza general en la democracia.

3. En medio de la vulnerabilidad, el declive democrático termina siendo también apalancando, no solo por la ciudadanía en general, por su agotamiento, sino por la participación de las elites, que según Anne Applebaum (2020), terminan abandonando su compromiso con el pluralismo y comienzan a justificar prácticas autoritarias por razones de estatus, resentimiento o cálculo político. Como señala, hay élites que están dispuestas, incluso ansiosas, de abandonar la democracia si eso les garantiza estatus, poder o reconocimiento. Lo

que antes parecía impensable se vuelve aceptable, y luego normal.

En definitiva, uno de los mayores riesgos, propuesto Runciman (2019), es asumir que enfrentamos una crisis similar a la del siglo XX (el fascismo militarista); cuando en realidad, la democracia puede "caer aun permaneciendo intacta", manteniendo la apariencia de sus instituciones —parlamentos y jueces—; estas, ya no cumplen la función para la que fueron creados. En lugar de un final dramático, se impone una muerte por irrelevancia, por fatiga o por incapacidad de ofrecer sentido y futuro. "Cuando la democracia se termine, probablemente nos sorprenderá la forma en que lo hará" (p. 11), advierte el autor, sugiriendo que nuestra fijación con el modelo de 1930 nos impide ver las amenazas del presente.

En suma, estos diagnósticos convergen en una tesis inquietante: la democracia contemporánea no muere de golpe, por el contrario, se normaliza en su propio declive. Se vacía mientras sigue funcionando, se debilita mientras conserva su forma y se vuelve vulnerable no por un exceso de participación, sino porque participa en un sistema que ya no decide. El resultado no es el colapso inmediato, es una democracia exhausta, expuesta a salidas plebiscitarias, autoritarias o cínicas, capaz de desaparecer sin la existencia de un instante único donde podamos afirmar, con certeza, que ha terminado.

Cuando se rompe el lazo ciudadano con el sistema democrático, ya sea por su paquidermia, ineficacia o inercia, se resquebrajan los límites que regulan las tensiones producidas por las diferencias en juego; de ahí se desencadena la frustración, el vaciamiento de la democracia, el mantenimiento de las formas o la disputa para grupos e interés, sean elites o populismos. Es aquí donde resulta pertinente la postura de Alvaro García Línera (2024), quien enfatiza la incapacidad de la democracia liberal para cumplir lo que promete, por ejemplo, promete igualdad, pero termina naturalizando la desigualdad; promete inclusión, pero reproduce la exclusión o, peor, la cooptación.

En América Latina esta deuda pendiente genera agravios cruzados: para las clases populares cuando el sistema es inoperante; para las elites cuando los sectores favorecidos alcanzan el poder. Esa disputa distorsiona la democracia, que mantiene las formas y, aun así, altera sus efectos. En la actualidad, ya no se necesitarán golpes de Estado como los de los años 70, en su defecto, aparecen maneras formalmente legales como el llamado *lawfare*, la cual, sin acudir a la violencia, ha logrado ser tan eficaz para la desestabilización política como las intervenciones militares del pasado.

Dos informes permiten confirmar que el malestar con la democracia se ha vuelto

estructural: *el Latin American public opinión Project* (LAPOP), a través del *Barómetro de las Américas: pulso de la democracia (2023)*, ha documentado, desde 2014, una caída sostenida en el apoyo a la democracia en America Latina, junto a un aumento en la aprobación hacia alternativas autoritarias bajo la promesa de eficacia. De la misma manera, el informe Open Society Barometer: Can Democracy Deliver?, elaborado por la Open Society Foundations, muestra que sectores cada vez más amplios de la población, especialmente entre los jóvenes, están dispuestos a aceptar gobiernos no democráticos, siempre y cuando estos garanticen orden, crecimiento económico y seguridad.

Ambos informes coinciden en que la crisis contemporánea de la democracia emerge de la experiencia reiterada de la frustración con esta, mas no por su ideal normativo. La brecha entre promesa y desempeño erosiona la legitimidad democrática y convierte la democracia, realmente existente, en una fuente de frustración, incertidumbre y desafección, antes que en un horizonte compartido de futuro.

## Cuando participar no es decidir. Tecno feudalismo y el límite histórico de la democracia liberal

La crisis de la democracia no puede ser comprendida solamente como un retroceso autoritario, ni como un rechazo ciudadano a la democracia en cuanto tal. Lo que observamos es una paradoja estructural: nunca hubo tanta acción ciudadana —en forma de protesta, voto, movilización, impugnación— y, sin embargo, nunca fue tan visible la incapacidad de la democracia para procesarla políticamente. Esta no declina por falta de participación, lo hace por su incapacidad de tramitar esa participación y convertirla en acciones eficaces, las cuales confirmen sus principios, como el de bienestar y equidad, y en horizontes de futuro.

En nuestra perspectiva, la acción ciudadana, en democracia, no puede constituir una amenaza, sino su prueba más exigente. Cuando la ciudadanía actúa es porque espera algo de la democracia: protección, redistribución, reconocimiento, capacidad de incidencia. El problema emerge cuando esas expectativas chocan reiteradamente contra un dispositivo democrático reducido a su dimensión burocrática o formal. En ese momento, la democracia evidencia su límite constitutivo: confundir la igualdad formal con la real, las instituciones con los hechos, representación con escucha, participación con decisión. Como ha señalado Álvaro García Linera (2024), la democracia agregativa e individualista es incapaz de captar la densidad social de las demandas colectivas y, por ello, queda expuesta cuando se intensifican.

Este agotamiento se torna más agudo en el marco de la transformación digital del

capitalismo, lo que Yanis Varoufakis (2023) ha denominado "tecnofeudalismo" y describe como una nueva forma de dominación. En este nuevo escenario, la democracia enfrenta desafíos inéditos, pues las plataformas digitales y la infraestructura de la información redefinen las relaciones de poder económico y político, incidiendo profundamente en la circulación de la información, la visibilidad de los actores y la coordinación de la acción colectiva, todos ellos elementos centrales para el funcionamiento democrático. Así, la paradoja se profundiza: la ciudadanía actúa, pero lo hace en infraestructuras que no controla; se expresa, pero su expresión es convertida en dato, tráfico y renta; se moviliza, pero su movilización es amplificada, distorsionada o neutralizada por arquitecturas tecnológicas ajenas al interés público.

El resultado es una doble desposesión: por un lado, una democracia liberal que ya no logra decidir ni transformar; por otro, un orden tecno político que reorganiza la comunicación, la verdad y el conflicto sin control democrático. En ese cruce, la frustración democrática no solo persiste, también se vuelve estructural. Las salidas plebiscitarias, los liderazgos personalistas o la erosión de los contrapesos institucionales no deben leerse como pulsiones antidemocráticas primarias, sino como síntomas de una demanda insatisfecha de eficacia política, en un contexto donde los dispositivos clásicos de la democracia han perdido capacidad de respuesta y, paralelamente, los nuevos poderes económicos y tecnológicos operan por fuera de cualquier soberanía popular.

Desde esta clave teórica, lejos de representar el "fin de la democracia", esto supone el fin de la suficiencia histórica de la democracia liberal; defenderla sin interrogar sus límites equivale a profundizar el desencanto que la atraviesa. Como antes ocurrió con el neoliberalismo, el tecno feudalismo amenaza con vaciar la democracia de contenido sin abolirla formalmente. El desafío político e intelectual que se abre no es restaurar una democracia idealizada del pasado ni blindar sus procedimientos; consiste en reimaginar su capacidad de decisión, su relación con la igualdad material y su autonomía frente a los nuevos poderes económicos y tecnológicos. De lo contrario, la paradoja seguirá operando: cuanto más actúe la ciudadanía en busca de futuro, más evidente será que la democracia, tal como hoy existe, ya no alcanza para contener ni orientar esa búsqueda.

## Referencias


Applebaum, A. (2020). *El ocaso de la democracia: La seducción del autoritarismo*. Debate.

Banco Interamericano de Desarrollo. (2018). *La era de la productividad: Cómo transformar las economías desde sus cimientos.* Banco Interamericano de Desarrollo.

BBC News Mundo. (2016, 16 de diciembre). Del Brexit a Donald Trump: ¿fue 2016 un mal año para la democracia? *BBC*. https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-38342673

Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (1999). La conformación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA): Aspectos institucionales. Naciones Unidas.

Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (2002). Panorama social de América Latina 2001–2002. Naciones Unidas.

García Linera, Á. (2024). *La democracia como agravio.* CLACSO.

Levitsky, S., & Ziblatt, D. (2018). *Cómo mueren las democracias.* Ariel.

Mounk, Y. (2018). *El pueblo contra la democracia: Por qué nuestra libertad está en peligro y cómo salvarla.* Paidós.

Open Society Foundations. (2023). Open society barometer: Can democracy deliver? Open Society Foundations.

Organización Internacional del Trabajo. (2014). Panorama laboral 2014: América Latina y el Caribe. OIT.

Przeworski, A. (2019). *Las crisis de la democracia.* Siglo XXI Editores.

Runciman, D. (2018). *Así termina la democracia.* Paidós.

Snyder, T. (2018). *El camino hacia la no libertad*. Galaxia Gutenberg.

Varoufakis, Y. (2023). *Tecnofeudalismo: El sigiloso sucesor del capitalismo.* Deusto.

Zechmeister, E. J., Lupu, N., Rodríguez, M., & Wilson, C. J. (Eds.). (2023). *Pulse of democracy. LAPOP Lab,* Vanderbilt University.